

Té en Kyoto

Walter Simón Gitlin¹

I

Querido lector, imagina que nuestro encuentro tiene lugar en la ciudad japonesa de Kyoto. La ciudad es célebre por sus maravillosos jardines de inspiración Zen, capaces de simular un paisaje marino con sólo disponer, sabiamente, algunos grupos de rocas cubiertas de musgo alrededor de un rectángulo de arena rastrillada. Su simpleza paisajística trasunta un sentimiento de paz y de pureza. Precisamente uno de aquellos jardines rodea una casa, y junto a ella hay un pequeño pabellón rústico en donde se practica el *cha-no-yu* o ceremonia del té. Es allí a donde te invito. Esperas en el jardín hasta que suena un gong, pasas a una antesala, te descalzas, te lavas cuidadosamente las manos y, luego de atravesar una estrecha abertura, entras en el *cha-shitsu* o cámara principal. Tu expresión denota sorpresa y expectativa. Soy tu anfitrión y nos saludamos con cortesía. La estancia es muy sobria, casi un elogio al vacío. El único adorno presente en el lugar es una bella pintura oriental que cubre la pared del fondo de un *tokonoma* o nicho. Admiras la pintura y ante ella inclinas levemente tu cabeza en señal de aprobación. Nos sentamos uno frente al otro sobre esteras de paja. En el centro del salón hay un hoyo para el fuego en donde se está preparando el agua para el té. El reflejo de las brasas ilumina las paredes creando formas inquietantes.

¹ Mar del Plata, 1961. Licenciado en Letras (Universidad Nacional de Mar del Plata, 1989). Otras obras de su autoría: *Edipo a la Ionesco*; *Casa de Muñecos*; *Filmando a Adán y Emma*; *Luz de Luna* (teatro); *Salvemos al Rey* (guion de cine); *Cambio de Roles* (guion televisivo). Participó en dos antologías de poetas argentinos, publicadas por Fondo Editorial Bonaerense. Textos suyos también fueron publicados, en traducción al francés, en *La Revue Littéraire de l'Alberta* (Calgary, Canadá).

II

Te observo con detenimiento, y adivino, por algunos indicios, que te sientes muy identificado con aquello que haces. A través de la expresión de tu rostro, de lo gestual y hasta de tu postura corporal percibo una manifestación de todo lo que en ti está tácitamente asumido como un hecho concreto y no cuestionado. Tu actitud es tan convincente que al verte, mi atención fluctúa entre la aparente seguridad de tu forma y tu verdadero fondo. Sin embargo, mi empeño por profundizar me lleva a vislumbrar una gama de sentimientos íntimos que me conmueven mucho más de lo que tu voluntad se esfuerza por hacer ostensible. Por decirlo de algún modo, me agrada el rictus de gravedad con el que inequívocamente se acomoda tu rostro luego de que la sonrisa formal se apaga. Es casi como una metáfora de que la verdad todavía pervive. Nos quedamos en silencio, escuchando el borbotear del agua.

III

De manera ceremoniosa abro una delicada caja de laca negra, en cuya tapa se destaca la imagen de un ciruelo de colores brillantes. Con la ayuda de una espátula de bambú retiro una dosis exacta de té verde muy pulverizado, que coloco sobre un bol rústico de tonalidad ocre. Con un cazo cuadrado de mango largo extraigo agua caliente de la marmita, la vierto en el bol y comienzo a batir el té con una brocha de finas varillas de bambú, hasta lograr una perfecta “*escarcha de jade líquido*”. Permaneces en silencio, extasiado, observando cada uno de mis movimientos, como si se tratase de una liturgia

secreta. Te alcanzo con cuidado el bol y nos miramos con gratitud: tú por recibir y yo por poder brindarme. Embebes tus labios y enseguida percibes a través de tu boca, y de todo tu cuerpo, el suave recorrido del té, casi como si fuera *él* quien te estuviese descubriendo.

IV

A través de las paredes de papel shoji se filtra una luz tenue. En el centro del *tokonoma* se destaca una fidelísima copia de una pintura de Liu Ts'ai llamada "*Peces*". Ésta refleja con maestría el movimiento ondulante y grácil de tres peces en un estanque. Noto que posas tu mirada sobre uno de ellos, apreciando, no sólo, la infinita pericia con la que el pintor expresó su naturaleza, sino que también llegas a percibir la mismidad existencial de ese pez fundiéndose en lo más íntimo de tu conciencia, como si el absoluto del arte los hubiera conjugado a ambos. Tu actitud cambia, te hallas más distendido. Disfrutas la sensación de vivenciar por primera vez algo más allá de ti, y que sin embargo, aunque no lo sepas, también te constituye.

V

Descorro el shoji, para que aprecies el jardín. El paisajista que lo diseñó nunca pretendió gobernarlo; su mayor anhelo fue rogarle a la naturaleza que su obra y hasta él mismo sean aceptados como parte de ella. Es un hombre fuerte, callado, sereno; plenamente consustanciado con su tarea. Periódicamente lo cultiva y cuida con gran dedicación, pero sin el menor atisbo de ego. La obra no le pertenece, dice. Su talento y su escrúpulo corren paralelos a tal extremo, que a veces me cuesta vislumbrar en medio de tanto orden, la menor presunción de artificialidad. El jardín es perfecto y sin embargo, casi silvestre. En la pequeña parcela que rodea al pabellón del té, surgen como por arte de magia

reminiscencias de montañas, de arroyos, arenas rastrilladas mimetizadas en olas. Y de pronto, una flor blanca, solitaria, como si la hubiese puesto Dios. Toda una cosmogonía nacida de la humildad.

VI

Saboreas el té, contemplas el jardín, y luego vuelves a observarme. Me miras con confianza, con la misma naturalidad con que uno deja fluir el alma frente a un espejo. Ahora, yo soy tu lector, y tú quien narra. Me confiesas tu necesidad de distenderte, de alterar el protocolo, de hacerme partícipe de la filigrana que, en la intimidad, tejen tus meditaciones y tu inconsciente. Te sientas en posición de loto y desprendes el primer botón de tu camisa. Te acaricias levemente la barbilla y luego, juntando los dedos, colocas doctamente las palmas de las manos hacia arriba, como mendigándole una gracia especial al cielo. Cierras los ojos y enlenteces la respiración. Tu imagen me confunde: me consustancio con tu paz y me abandono. Me seduce la propuesta de convertirme en “tu lector”, de aceptar que me sorprendas, con la misma gratitud con que un creyente acepta el destino.

VII

Parece que estuvieras dormido... El ritmo de tu respiración se torna cada vez más lento y profundo. Escucho, de vez en cuando, un murmullo que se desliza subrepticamente desde tu inconsciente. Tus palabras transcurren incontaminadas, y apartadas de toda intención, comienzan a relatarse a sí mismas, como la sinfonía cósmica que en el universo, dicen, crea la música de las esferas. En este estado, la elaboración de un razonamiento se

depreciaría como una artificialidad flagrante, como un ultraje. Todos tus sentidos se aquietan, y tu respiración se convierte para ti en el único objeto de reflexión posible (si de eso aún puede hablarse); en un universo absoluto y soberano, en medio del cual naufragan deshilvanados algunos recuerdos, fantasías, sentimientos.

VIII

Dirás algún día que fue por mera sugestión de esta lectura, o, tal vez, por los efectos de mi té... Lo cierto es que en tu actual estado de somnolencia contemplativa, no puedo hacer otra cosa más que continuar atestiguando todo aquello que tu confidente inconsciente desea expresarme. Los últimos ecos de la calle, aún reverberan en tu memoria. Kyoto: su pasado imperial, sus bosques de bambú, la perfección sublime de sus jardines, sus templos, la proverbial delicadeza de su arquitectura, la amabilidad y circunspección de su gente. Las imágenes se concatenan formando un círculo prodigioso que gira alrededor de tu Yo, casi componiéndolo. Recorriste con entusiasmo la ciudad, y ahora recorres tus sentimientos sobre ella.

IX

Vivencio junto a ti las imágenes y emociones que se arremolinan en tu mente. Por momentos, escoges un recuerdo en particular y lo examinas con placer; identificándote no sólo con dicho recuerdo, sino también con tu gusto personal por haberlo seleccionado. El lujoso pabellón de las geishas, por ejemplo. Sus canciones, sus artificios, sus modales; más tarde: la desnudez, la fruición. El recuerdo queda abandonado y lentamente comienza a despuntar uno nuevo. Pero entre ambos se impone un breve silencio. Precisamente,

durante ese intervalo, te observas ahora, *tal como si fueras otro*, en tu acto de no-selección, zambulléndote en una placentera quietud.

X

De pronto tu respiración se agita. En medio de la calma, como emanado de la nada, naufraga otro recuerdo. El público atiborra la sala; junto a ellos estás tú, ¡occidental, expectante! La idea de presenciar el antiquísimo teatro de marionetas, *Bunraku*, te genera un sentimiento de complicidad, de comunión. Aguardas impaciente, como si fueses a participar de un rito iniciático. Tu universo personal se detiene, y sólo deseas escudriñar, tras un esfuerzo de imaginación, los secretos que oculta aquel telón. El aire se quiebra con el sonido del *shamisen*; un intérprete comienza a declamar de modo grave y ceremonioso. Se descorre el telón. Los actores avanzan al son de la recitación. No tienen vida, pero luchan por aparentarlo. Son muñecos de tamaño humano, compuestos por máscaras y esqueletos de bambú cubiertos de brillantes ropajes. Tras ellos, diestros operarios dosifican con escrúpulo su propio hálito vital para no interferir demasiado con el destino de su creación. Hombres de verdad convertidos en autómatas, para lograr que autómatas adquieran convicciones humanas.

XI

La metáfora del *Bunraku* comienza a invadirte. De pronto te ves reflejado en el escenario siendo uno de esos muñecos. La imagen te apabulla, pero allí estás. Caminas, sonríes, gesticulas mecánicamente; magnificas tu rol, compites con los demás muñecos. La imagen es nítida e inconfundible, eres tú. Pero algo más extraño aún comienzas a percibir. Ya no ves el escenario, sino que desde el escenario ahora observas al público; y tu butaca

está vacía. Tu esperpento involuntariamente recorre las tablas junto a otros fantoches; recibes sonrisas y aplausos pero nadie sabe quién eres de verdad. Quieres detenerte y gritar pero ni siquiera tu voz te pertenece; el recitador, ubicado al costado del escenario, se expresa en tu lugar. Sientes que el único modo de escapar es rehusando las circunstancias. Te dejas transcurrir y comienzas a tomar contacto con el hombre autómeta que te manipula. Hace años que trabaja en la misma obra, él también quiere escapar. Sientes el calor de su mano, también su temblor. Abandonas la marioneta y te adentras en sus sentimientos al punto de identificarte plenamente con él o con su espíritu; de pronto el yo de ambos se diluye en uno y logran huir.

XII

Te sientes lleno de júbilo por la fuga y a su vez muy confundido, te estás transportando en el cuerpo de un autómeta. Continúa la huida. Se internan en un espeso bosque de bambú hasta que él cae rendido. Un grupo de monjes te descubre dormido sobre la hierba. Ellos se apiadan de ti y te conducen a un antiguo monasterio emplazado en una colina, pero él permanece tendido. Comprendes ahora que sólo eres su sueño. Las imágenes se forman y desdibujan al azar. Compartes una habitación con otros monjes, te sientes uno más entre ellos, y ya casi no tienes recuerdos. Tus tesoros se limitan a tu hábito y a una estera para meditar y dormir. No te mancha la codicia, la mezquindad, ni la ambición. Eres libre. Tu único *deseo*, si esa palabra aún cabe, es desplegar tus fuerzas hacia lo Superior, y sin esperar nada a cambio... Ya no hay más distancias, la vida te abre sus secretos: las ramas de un ciruelo llegan hasta una ventana y experimentas su savia circular dentro de ti.

XIII

Meditas junto a los monjes. La concentración los torna mutuamente imperceptibles, pero el camino es el mismo y las huellas se yuxtaponen... Tus sentidos se suspenden como un rumor lejano. Sólo percibes tu respiración, y hasta ella se enlentece para evitar distraerte. Algunos deseos y pensamientos cruzan fugazmente, pero casi te son ajenos, como propios del autómeta. Ya no hay tiempo, ni espacio; y ni siquiera la sospecha de estar siendo soñado, debilita tu empeño por ser menos que un sueño. Sigues avanzando hasta convertirte en un espejo inmaculado sobre el que se refracta el vacío, para ascender luego a un vacío en el que ya no caben ni el empeño por no-ser, ni el espejo, y ni el propio vacío. Más liviano que un sueño te dejas transcurrir en medio de una serenidad imperturbable en la que *nada* se piensa, proyecta, aspira, desea o espera. Y así escapabas del sueño del autómeta: ya (eres) *nada*.

XIV

En medio de la *nada* reaparece ahora el *vacío* y en medio del vacío, el espejo prístino sobre el que comienzan a refractarse las sombras de un lector, que se imagina acudiendo a una ceremonia del té, en un *cha-shitsu* en *Kyoto*, en donde empieza un viaje interior, en el cual imagina también recordar haber asistido a un espectáculo del teatro *Bunraku*, en el que se sugestionó al punto de sentir que se convertía en una marioneta cuyo único modo de escape era el de fundirse espiritualmente con un titiritero autómeta que lo manipulaba, y que una vez concretada la huida es soñado, por el mismo autómeta, como un monje que medita hasta escapar del sueño convirtiéndose en la nada, sobre la que se refracta a su vez la misma nada alcanzada por el monje que medita luego de haber sido

soñado por un autómeta, con el cual escapó, fundiéndose espiritualmente con él mientras éste manipulaba una marioneta en la que él sentía que se había convertido durante una función de teatro *Bunraku*, que había imaginado recordar durante un viaje interior realizado en un ilusorio *cha-shitsu en Kyoto*, durante una ceremonia del té a la que también imaginó acudir cuando era un lector cuyas sombras se refractaban y refractarán otra vez en la *nada*.

XV

Lentamente comienzas a despertar de la meditación. Tu rostro atraviesa toda una gama de sentimientos que van desde la iluminación y la paz hasta volver a adquirir una apariencia plenamente compuesta. Nuevamente te observo con detenimiento, y adivino, por algunos indicios, que te sientes muy identificado con aquello que haces. A través de la expresión de tu rostro, lo gestual y hasta de tu postura corporal percibo una manifestación de todo lo que en ti está tácitamente asumido como un hecho concreto y no cuestionado. Tu actitud es tan convincente que, al verte, mi atención fluctúa entre la aparente seguridad de tu forma y tu verdadero fondo. Sin embargo, mi empeño por profundizar me lleva a vislumbrar una gama de sentimientos íntimos que me conmueven mucho más de lo que tu voluntad se esfuerza por hacer ostensible. Por decirlo de algún modo... me agrada el rictus de gravedad con el que, inequívocamente, se acomoda tu rostro luego de que la sonrisa formal se apaga. Es casi como una metáfora de que la verdad todavía pervive...

FIN